

# Sobrebeber

## Kingsley Amis

«Los escritos de Kingsley Amis sobre la bebida son mejores que los de cualquiera en cualquier época».

*Aspin*

Ediciones  
Fornón de España



# Sobrebeber

Kingsley Amis

## Introducción

### La musa del trago

ES SOBRADAMENTE CONOCIDO que la elaboración de bebidas alcohólicas es un arte que se remonta a los orígenes de la civilización humana (hay antiguos poemas, mosaicos y otros objetos por el estilo dedicados a la celebración de ese gran hallazgo), pero no es menos sabido que, una vez abierto, el frasco de alcohol puede dar entrada tanto al infierno como al paraíso. Siendo esto así (y algún día desvelaremos la etimología que nos lleva a usar la sencilla palabra italiana *fiasco*, «garrafa», del modo como lo hacemos), más nos vale contar con un genuino Virgilio en el papel de guía por esas regiones a veces infernales y a menudo celestiales.

El difunto *sir* Kingsley (que escribió estos breves pero enjundiosos volúmenes antes de que le nombraran caballero y que era el experto a quien se debía consultar en temas tan peliagudos como el origen de la palabra *fiasco*) era lo que los irlandeses llaman «tu hombre» en asuntos relativos a la bebida. Tal vez más, incluso, que Graham Greene, del que escribió una sucinta biografía: podría decirse que el alcohol fue su musa. No se me ocurre ni una sola de sus obras de ficción donde la bebida no aparezca, ocupando en muchos casos un lugar preponderante. (La famosa escena de la resaca en *La suerte de Jim*, no igualada en las comedias étlicas de nuestra literatura ni tan siquiera por el portero nocturno de Shakespeare o su caballero obeso, sólo tiene parangón, que yo recuerde, en el aterrador desper-

tar de Peter Fallow en *La hoguera de las vanidades* de Tom Wolfe.) Fiascos aparte, otros libros de Amis, como *Un inglés gordo* o *El hombre verde*, contienen sabios y esporádicos consejos sobre cómo seguir bebiendo sin perder del todo el oremus.

Se ha dicho que el alcohol es un buen criado y un mal amo. No está mal visto. Lo cierto es que el alcohol hace que los demás (y la vida misma, de hecho) resulten mucho menos aburridos. Kingsley captó este hecho esencial en una etapa muy temprana de su existencia y, por así decirlo, nunca permitió que se le escapara el concepto. Esto no significa que no haya pelmazos del vino, pelmazos del *whisky* de malta y personas que incrementan sus emisiones de aburrimiento cuando la pillan. En estas páginas, te cruzarás con ellos y aprenderás a reconocerlos (así como a tratarlos).

En mi opinión, Kings (que es como me permitía llamarlo) era un muy comedido pelmazo del cóctel. O, por lo menos, tenía que aparentarlo para escribir su columna fija sobre bebidas en una revista dirigida a la población masculina. En la vida «real» era un bebedor que iba al grano y que no tenía ningunas ganas de hacerle perder el tiempo a un buen barman con absurdas instrucciones. Pese a ello, hacía una excepción que creo poder diagnosticar en perspectiva y que se relaciona con su gran admiración por las novelas de Ian Fleming. ¿Qué pretende realmente James Bond cuando especifica la clase de martini que quiere y cómo lo quiere? Pues le está diciendo al barman (o al camarero, si no hay más remedio) que sabe de lo que habla y no está para tonterías. Yo aprendí la misma lección cuando ejercía de crítico de bares y restaurantes para el *City Paper* de Washington. Como llevaba mucho tiempo soportando a esa gente que pedía, con cara de enterado, «un Dewar's con agua» en vez de un *whisky* con agua, decidí preguntarle a un barman de confianza qué me endilgarían si no especificaba una marca concreta. La respuesta fue un giro confidencial del pulgar en dirección a una botella con muy mala

traza que había debajo de la barra. La situación era aún más siniestra si hablábamos de ginebra y vodka, convirtiéndose en terrorífica al llegar al «vino blanco», algo que sigo sin poder soportar que pida nadie. Si no dejas claras tus preferencias, la bebida se convierte en una mala partida de póquer o una apresurada transacción de drogas: lo que diga el camello irá a misa. Por favor, que esto os quede bien claro.

Algo fundamental en King (a algunos se nos permitía llamarlo también así) era lo mucho que detestaba la mezquindad. De él aprendí la contraseña básica de su propio hogar, que era más cálida pero menos educada que su habitual «¿cómo tienes el vaso?». Rezaba así: «Yo te serviré el primer trago; y después, si te quedas sin, allá tú, joder, que ya sabes dónde está». A través de estas páginas descubriréis (atentos a la secciones «Guía del tacaño» y «Guía del tacaño con la comida») la férrea actitud que adoptaba ante cualquier muestra de cicatería. En el ritual alcohólico, todo se basa en la generosidad. Si abres una botella de vino, ten el detalle de deshacerte del maldito corcho, por lo que más quieras. Si eres el invitado en vez del anfitrión, no se te ocurra dejar caer la copa para luego exclamar (como le oí a Amis en cierta ocasión) «oh, menos mal que estaba vacía». La clase de anfitrión que precisa esas indirectas es la clase de anfitrión que hay que esquivar a las primeras de cambio.

Sobre las consecuencias, a veces penitenciales, de la generosidad, no olvidéis consultar el brillante capítulo dedicado a las resacas física y metafísica. Es una pieza de investigación altruista llevada a cabo por un pionero. Os puede ahorrar mucho dolor evitable, pues así lo ha hecho en mi caso. Gracias a la excelente biografía de Zachary Leader, el mundo ya está al corriente de lo que sólo conocían los innumerables amigos de Kingsley; a saber, que al final el alcohol pudo con él y le robó el ingenio y el encanto, además de la salud. Pero no todos saben seguir sus propios consejos, o no eternamente, y los alegres y sabios comen-

tarios aquí reunidos nunca te llevarán al huerto, querido lector. En cierta ocasión, Winston Churchill presumió de haberle sacado más a la bebida de lo que la bebida le había sacado a él; y con lo que le gustaba apostar a la vida, es muy probable que estuviera en lo cierto. En estas páginas conoceremos a otro hombre que supo utilizar la bebida en beneficio propio y también ajeno.

CHRISTOPHER HITCHENS

## Nota del editor

LOS LIBROS QUE componen este volumen (*Sobre el beber*, *El trago nuestro de cada día* y *El estado de tu copa*) fueron escritos por Amis entre 1971 y 1984, un período de gran actividad que arrojó otros ocho libros y unos cuantos volúmenes editados. Representan la obra de un hombre cuyo interés en el alcohol trascendió en buena medida lo puramente circunstancial. Amis era sin duda un bebedor (puede que incluso un hedonista de la bebida), un erudito y practicante y, tal vez por encima de todo, un conocedor.

Pese a que a veces aduce ignorancia sobre la bebida, sus conocimientos al respecto eran sorprendentes y hasta enciclopédicos. Y al ser enciclopédicos, es mejor presentar estos textos en su totalidad; lo cual puede dar origen a ciertas repeticiones en algunos momentos: como todos los compañeros de copas, Amis se repite de vez en cuando. Pero como los mejores, nunca deja de entretenernos, por lo que perderse su segunda e hilarante disertación sobre el vino albanés, el *whisky* Speyside o la ofensa de mezclar cerveza con lima, únicamente porque ya se encuentra repetida en otro rincón del libro, resultaría tan frustrante como rechazar un Laphroaig porque ya te has tomado un Glenfiddich al comienzo de la velada.

Así pues, aquí están todos los pensamientos verbalizados de Amis sobre la bebida, incluyendo la historia, la etiqueta, las costumbres sociales, los secretos del oficio, las anécdotas y, claro está, los aspectos prácticos de la vida

alegre. Esto es puro y completo Amis: sin cortar, sin filtrar y convenientemente mejorado por la edad. A vuestra salud.



I  
Sobre el beber

## Prólogo

LOS ANTROPÓLOGOS NOS aseguran que donde hay un hombre, se habla. Pese a los amantes de los chimpancés, el único animal capaz de reír es el hombre. Y aunque es posible que alguna tribu no descubierta de la selva brasileña aparezca un día de éstos y constituya la excepción a la regla, todas las sociedades actuales utilizan el alcohol, como hicieron la mayoría en el pasado. No negaré que compartimos otros importantes placeres con el sector más bruto de la creación, pero debo afirmar el hecho básico de que la conversación, la risa y la bebida están conectadas de un modo especialmente íntimo y profundamente humano.

De esto se pueden extraer varias conclusiones. Una de ellas podría consistir en que no se da en otras drogas un nexo tan saludable: motivo suficiente para ponerse en guardia ante ellas. Y lo que es más: los beneficios sociales de la bebida en colectividad (basándonos en esa evidencia) superan los desastres individuales que puede precipitar. Recientemente, un equipo de investigadores norteamericanos llegó a la conclusión de que sin el estímulo aportado por el alcohol, y sin la relajación que promueve, la sociedad occidental se habría desmoronado de manera inevitable durante la Primera Guerra Mundial. La bebida vino para quedarse; moraleja aparente: si ella se va, nosotros también.

Sin duda alguna, su presencia en nuestras vidas se ha incrementado con el desplazamiento de la humanidad hacia las ciudades y con el incremento general de la prosperidad. El vino y la cerveza son (en su origen, en los países productores) bebidas típicas aldeanas y de las clases pobres; la gi-

nebra y el *whisky* son de la ciudad y, por lo menos actualmente, de aquéllos a los que les va bien. En otras palabras, nuestras bebidas se están haciendo más fuertes y más frecuentes.

Estos incrementos suelen achacarse, puestos a acuñar una frase, al estrés y las prisas de la vida urbana. No quisiera disentir del todo de esta teoría, pero me gustaría destacar el estrés (o las prisas) como algo mucho más agobiante y extendido que la mayoría de las cosas: se trata de una confrontación repentina con extraños totales o parciales en circunstancias que requieren grandes dosis de relajo y simpatía... Una experiencia que yo, sin ir más lejos, siempre contemplo con cierta aprensión, aunque suelo acabar encontrándola satisfactoria. Mientras la aldea constituía la unidad social básica, los extraños aparecían de forma esporádica; y cuando lo hacían, siempre estaban muy superados en número por tu familia, tus amigos y gente que conocías de toda la vida. Pero ahora, en la era del almuerzo de negocios, de las grandes cenas, de las fiestas con los de la oficina y de los jolgorios de todo tipo, los extraños no paran de asomarse a tu horizonte.

El motivo por el que yo personalmente, y muchos otros, suelo acabar disfrutando de esas criaturas es, simple y obviamente, la presencia de la bebida. La raza humana no ha descubierto otro sistema para eliminar barreras, conocer con prontitud al de enfrente y romper el hielo que resulte la décima parte de eficaz y oportuno a la hora de permitirte relacionarte con los demás en un entorno agradable: basta con interrumpir tu sobriedad. Evidentemente, quien estudie en serio los efectos de la bebida acabará adoptando el tono severo y cascarrabias de quien estudia en serio los efectos de la bebida; me parece muy bien, pero ¿y lo que ocurre después? ¿Qué decir de los que beben, no para dejar de estar totalmente sobrios, sino para emborracharse? ¿Y de los que beben a solas?

A ver, ¿qué pasa con todos éstos? Yo no tengo nada que decir, no tengo nada más que añadir a las sesudas especulaciones sociológicas sobre las causas y los motivos de la indulgencia en el alcohol. O tan sólo esto: dejando aparte a los dipsómanos, la mayoría de los cuales nacen, no se hacen, creo que hay muy poco que añadir que resulte cabal acerca de los motivos para beber. Me remito al veredicto del poeta que dijo que bebemos porque «estamos secos, o porque así vamos tirando, o por cualquier otro motivo».

Dónde, qué o cómo bebemos, o deberíamos beber, son preguntas distintas y mucho más interesantes. En cuanto a dónde, se trata de un asunto tan obvio de preferencias individuales y oportunidades geográficas que no debería ni tenerlo en cuenta, pero lo haré porque así me concedo el deseo largamente acariciado de soltar una andanada, breve y colérica, contra lo que se ha hecho y se sigue haciendo con ese lugar tan arraigado y tradicional de la bebida británica: el *pub*.

Con algunas meritorias excepciones, de las que forma parte mi propio local, el *pub* se está convirtiendo a marchas forzadas en un lugar inhabitable. Hace quince o veinte años, las empresas cerveceras empezaron a advertir que sus *pubs* necesitaban urgentemente una cara nueva, y se lanzaron a gastar millones de libras en ponerlos al día. Algunos resultados de las reformas han sido admirables: asientos cada vez más confortables, mejora de la higiene, cervezas heladas y cosas para comer que, por regla general, han alcanzado tal nivel que, si buscas un sitio para almorzar en territorio desconocido, acabarás encontrando en el *pub* un servicio mejor y unos precios más razonables que en la *trattoria* de la esquina.

Pero ahí terminan las mejoras. Hoy día, el interior de los *pubs* tiene que parecer digno de un anuncio de televisión, con todo el espanto satinado que eso implica. Se introducen «temas» repulsivos: el *pub* de las batallas británicas, el *pub* modelo crucero, el *pub* de los alegres noventa. La cer-

veza de barril ya no es realmente de barril, sino de bombona, y consiste en una sustancia híbrida procedente de lo que es en realidad una botella de metal gigante diseñada para que sea la misma en todas partes, por perezoso e incompetente que sea el distribuidor; y en los casos de, por lo menos, dos marcas muy conocidas y anunciadas, se consigue que el producto dé asco en todos lados. Todo esto se podría sobrellevar con cierta alegría de no ser por la puñetera música (o esa clase de gruñidos que conservan cierta relación con un primitivo estilo de música conocido como pop). En realidad, yo no me opongo a la música pop en sí, aunque se trate de algo que antes, junto a los parroquianos de más de treinta o treinta y cinco años, habría esquivado refugiándome en el *pub*. Por razones en parte distintas, también me opondría a escuchar la *Sinfonía coral* de Beethoven a todo trapo mientras intento disfrutar en paz de una pinta<sup>[1]</sup> de cerveza con los amigos. Si no te gusta lo que suena, desperdicias paciencia y energía tratando de ignorarlo; y si te gusta, querrás escucharlo y no hablar ni que te hablen, que es a lo que ha venido siempre la gente al *pub*, dicho sea de paso.

Siempre di por sentado que la música popular llegó a los *pubs* porque los fabricantes de cerveza confiaban detener así la caída de jóvenes clientes que se hizo evidente durante el período de posguerra. Si estoy en lo cierto, se equivocaban. La música pop no sólo expulsa al parroquiano de cierta edad, sino que tampoco atrae (e incluso mantiene alejados) a una gran parte de los jóvenes, que prefieren escucharla en su propio terreno. Me pregunto cómo le iría el negocio al patrón que pusiera en la puerta de su local un letrerito que dijese «aquí no hay música». ¿Alguien se anima a hacerlo? Sea como fuere, poderoso caballero es don dinero, y el que paga manda (apagar la música en este caso).

Hasta entonces, seremos muchos los que preferimos beber en nuestra casa o en la de algún conocido. Pero tam-

bién allí (como sucede en el hogar de más de un amigo mío), el bebedor más bien serio y de razonable discernimiento puede encontrar muchos motivos de ofensa sin ir más lejos. Lo que más le salta a la vista es que no se le da lo suficiente. Ni los pobres ni los mezquinos harán nada al respecto. Pero por el bien de quienes no son ni una cosa ni otra, pero no han entendido sus prioridades, permitidme enunciar lo que sigue:

P. G. (principio general) 1: *Hasta cierto punto (ejemplo: ni se te ocurra servirles a tus invitados alguno de esos matarratas balcánicos etiquetados como vino, jerez chipriota, aguardiente irlandés y cosas semejantes) opta por la cantidad sobre la calidad. La mayoría de la gente prefiere beberse dos vasos de un oporto decente que uno de una cosecha especial. En la misma línea de pensamiento, dales vasos grandes, no pequeños, con excepciones que se especifican más adelante. Los bebedores serios se mostrarán complacidos y tranquilos, mientras que los no serios no se ofenderán, y tú perderás menos tiempo de amena cháchara en rellenar las copas.*

Mi observación definitiva, antes de entrar en detalles, es que servir buenos tragos, al igual que producir cualquier cosa que valga la pena, desde un poema a un vehículo motorizado, es laborioso y caro. (Por si estáis interesados, os diré que un poema decente le resulta muy oneroso al poeta, en el sentido de que casi siempre ganaría más dinero dedicándose a cualquier otra actividad.) Pero me comprometo, en lo que viene a continuación, a mantenerme ojo avizor en ambos aspectos para mostrar dónde y cómo se puede minimizar el esfuerzo y hasta qué punto se pueden abaratar costes de manera legítima.

La historia deja inquebrantable testimonio de que los licores han sido utilizados por las razas más fuertes, sabias, hermosas

y (en muchos otros aspectos) mejores de todos los tiempos.

GEORGE SAINTSBURY

Si tuviera mil hijos, el primer principio humano que les enseñaría sería la renuncia a las libaciones flojas.

WILLIAM SHAKESPEARE  
(Falstaff, *Enrique IV*, segunda parte)

Sin duda no hay nada que calme tanto el espíritu como el ron y la religión verdadera.

LORD BYRON